

Topografías de lo urbano

Eugenia POPEANGA CHELARU

Universidad Complutense de Madrid
eugeniapop@filol.ucm.es

A partir del importante artículo de Roland Barthes, *La Semiologie et l'urbanisme en L'aventure semiologique*, (París, Seuil, 1985), es ya un lugar común el enfoque del espacio urbano, de la ciudad y su extensión, así como la adaptación de la realidad de “lo construido”, como una estructura semejante a la de un discurso. Por ello nos encontramos a menudo con múltiples metáforas relativas a lo arquitectónico y lo urbano que remiten al ámbito de la escritura, de la lectura, de la comunicación en general, a través del lenguaje que se aplica a la investigación de la ciudad. Una vez superado el momento de la historia e “historias” de la ciudad, arquitectos, urbanistas, arqueólogos e incluso ingenieros constructores empiezan a orientar su trabajo hacia una perspectiva semiótica, dotando de vida propia y convirtiendo lo urbano en un espacio plural, multicultural y plurilingüe. A la vez que se desarrolla la metáfora de la ciudad como escritura y, por lo tanto, se presta a distintas lecturas, se perfecciona la metáfora de la ciudad como cuerpo, metáfora de corte histórico y de larga tradición de uso, con un impacto importante en el diseño de la red urbana, que menciona el corazón, los pulmones, las arterias, el vientre, etc. Para hablar de la urbe postmoderna se llega incluso más lejos, extendiendo el alcance metafórico de lo anatómico a lo zoomórfico (ciudades ameba, pulpo...). En las postrimerías del siglo XX, se consagra, merced a los trabajos de Marc Augé, el concepto de “no-lugar”, a partir del cual se desarrolla una variada gama de investigaciones antropológicas y sociológicas que, a la larga, desembocan en la literaria y artística. El planteamiento de los símiles de la ciudad como cuerpo y como discurso nos permite realizar estudios de naturaleza morfológica y sintáctica, o, según la metáfora adoptada, anatómica y fisiológica, a fin de ordenar los componentes básicos que articulan la ciudad y sus interrelaciones. En un nivel superior, se buscan los significados de dichos componentes para establecer una semántica de la ciudad que permita bucear en lo más hondo de los aspectos simbólicos y míticos. Así pues, el espacio urbano puede estudiarse desde los más variados puntos de vista (económico, social, filosófico, religioso, biológico, demográfico...), que a menudo se traducen en informes, estadísticas y proyectos de acción y construcción. Para un arquitecto, a caballo entre el estudio objetivo y la capacidad imaginativa, la ciudad encierra todo el poder y el orden de lo construido, que refleja, a su vez, las aptitudes del ser humano en lo imaginativo y creativo, en contraste con la fuerza ciega y destructiva de la Naturaleza.

El tratamiento de la ciudad como texto significa pensarla, imaginarla, diseñarla y codificarla con el fin de permitirle comunicarse con sus habitantes, sus lectores primordiales. Éstos, en la vida cotidiana, recorren un espacio familiar, descubren zonas nuevas, se aventuran cara a lo desconocido trazando, en cada itinerario, nuevos enlaces, nuevas redes que amplían la “escritura básica”. Sus habitantes emprenden día a día la tarea de re-escribir su entorno y transmitir sus valores, haciendo de la ciudad su “lugar”.

Nuestra tarea consiste en emprender otro tipo de lectura, indirecta o de segundo orden, la cual pretende descubrir, a través de textos específicos (literarios y artísticos), el sentido profundo de la escritura del espacio urbano, el sentido oculto en sus componentes, destacar las metáforas correspondientes a las unidades constituyentes. De esta manera, se intenta poner de relieve la evolución de las funciones básicas de los constituyentes de lo urbano, determinar las constantes y establecer las constelaciones de variantes que hacen de una calle, una plaza, o un edificio algo único e irrepetible, un objeto de arte, un texto literario o una imagen cinematográfica, merced al uso de nuevas formulas retóricas. Nuestra lectura se centra en las descripciones y representaciones de lo urbano mediante códigos específicos tales como los poéticos y retóricos, simbólicos y míticos, cromáticos y acústicos. De este modo se proyecta una nueva imagen de la ciudad que parte de lo construido, de lo real, descrito en un primer momento y luego interpretado en función de los cambios operados en los elementos urbanos, cuando éstos se integran en un entramado literario o artístico.

En el artículo, “Historia y poética de la ciudad” (Anejo III de la *RFR*, 2002), hacemos referencia a las modalidades de concebir la ciudad como un espacio mítico, aludiendo a los orígenes de lo urbano, ritos de construcción y fundaciones mágico-religiosas: “La ciudad se convierte en un espacio mítico a través de una constelación de discursos que hablan de su fundación, su historia gloriosa y su decadencia; el individuo reconoce como suyo dicho espacio por medio del discurso religioso, arquitectónico, artístico y literario que por procedimientos de temporalización del espacio lo convierte a través del recuerdo en vivencia poética. [...] Desde la memoria y la imagen de la ciudad real a la ciudad falta de coherencia y trazada a través del ensueño el individuo deberá recorrer el camino de la anulación del espacio y su conversión en unidades temporales” (15). Se plantea aquí el mecanismo de conversión de la realidad urbana en imágenes literarias y artísticas, mecanismo de constantes inversiones de espacio y tiempo, que dan lugar a procesos de espacialización del tiempo o de conversión de los elementos espaciales en recuerdos, proyecciones oníricas o fantásticas que permiten el acercamiento a la ciudad de ficción, la cual se manifiesta en la literatura y en las artes bajo la forma de la ciudad marco en la mayoría de los casos, hasta llegar a la ciudad protagonista del postmodernismo. En la literatura, en el cine, lo urbano puede contener varios elementos narrativos o poéticos, o puede también superar el tópico de espacio acogedor, devorador, neutral... para participar en la trama, convertirse en personaje, adquirir carácter, poder y sentido. La idea de Roland Barthes de encontrar un “lenguaje propio de la ciudad” que sea autorreferencial es en la práctica poco viable. El propio semiólogo reconoce la capacidad de la ciudad para generar cadenas metafóricas.

La lectura de la ciudad, siempre y cuando se entienda como una relación personal entre el yo y el espacio, puede ser individual y, si se traduce en textos literarios, será única e irreplicable. Las lecturas colectivas suelen usar tópicos y metáforas comunes; cuando se trata de lecturas políticas, se utiliza el espacio urbano de forma plana, sin transformaciones que requieran un esfuerzo imaginativo. Proponemos aquí unas modalidades para leer la ciudad; elegimos elementos primordiales e imprescindibles para configurar el concepto de ciudad. La elección es aleatoria y responde a los espacios que generan usos y significados múltiples. Se ha optado por el espacio base y se ha tratado *la casa de Dios* (el templo), *la casa de uso temporal* (el hotel), *la casa de los muertos* (el cementerio), y, finalmente, *el mercado*, la fuente nutricia que mantiene vivo el espacio urbano.

Conviene poner de relieve las funciones básicas de dichos espacios, que motiven su articulación en la red urbana. Luego, mediante lecturas de textos literarios y paraliterarios (libros de viajes), se intenta destacar el sentido de esos hitos urbanos en el desarrollo de la trama, la evolución de los personajes, etc. Se trata, pues, de señalar el papel que desempeñan dichos elementos y su nuevo valor semántico, adquirido en la ficción. Los espacios urbanos mencionados aparecen ante el lector –*transeúnte y flâneur*– modificados con el lenguaje literario y transformados en elementos generadores de símbolos capaces de enriquecer la lectura lineal, proporcionando profundidad y nuevo sentido al discurso urbano.